

Recordar, compartir, aprender

## Bilbao

Luis Alejos Escarpe, 65 años

Alba Sueiro Román, 18 años

### “DURANTE LA TRANSICIÓN IR A LA CÁRCEL SUPONÍA UN MÉRITO PARA DESPUÉS HACER CARRERA POLÍTICA”

*Luis Alejos es de esos hombres que tienen claro lo que dicen. De espíritu rebelde y carácter participativo (incluso se ofreció a redactar esta entrevista), interrumpe su discurso para plantear: “¿tengo ideas radicales?, ¿te rompo los esquemas?”.*

Me cita en el paseo marítimo de Bilbao, donde estaba el astillero Euskalduna, cerrado en 1984. Nos vemos junto a la grúa Carola, emblema de la lucha obrera por sobrevivir a la reconversión naval, situación que Luis padeció como fresador y sindicalista en la Naval de Sestao. Después de presentarnos es él quien empieza a preguntar:

LA: ¿Sabes por qué se llama Carola?

AS: Me ha parecido curioso, ¿era una chica no?

LA: Era tan guapa, que paralizaba el astillero al cruzar la ría en la barca del pasaje.

AS: Qué romántico que le pongan tu nombre a una grúa...

LA: Sí, la tragedia de la reconversión naval encierra aspectos sentimentales.

AS: ¿Cómo entró a trabajar en la fábrica?

LA: Como se hacía entonces, a los 14 años. A esa edad éramos adultos, hoy la juventud dura casi hasta los 40. En las familias humildes ese era el camino, buscar trabajo en la industria. Estuve en la fábrica hasta jubilarme con 55 años. Mientras trabajaba hice maestría industrial, la licenciatura de sociología y hasta cursos de gestión de recursos humanos. Me vinculé de por vida a la fábrica, primero por razones políticas, en defensa de la democracia; después por motivos sindicales, combatiendo el cierre de los astilleros. Hubo un tiempo en que tal vez fuese el obrero más ilustrado de España. Entonces no había obreros con titulación superior. Si hubiese querido hacer carrera política lo habría tenido fácil. Encima me relacionaba con gente como Nicolás Redondo, secretario general de la UGT, que también trabajó en La Naval.

AS: El tuyo es un caso atípico, ¿por qué no estudió en lugar de trabajar?

LA: Quería estudiar, pero era necesario que trabajase. Mi padre era peón en Altos Hornos, ganaba poco, en casa pasábamos privaciones. En la escuela me gustaba hacer redacciones, a los 12 años el maestro me dijo: “¿Dónde has copiado esto?” “No lo he copiado, lo he hecho yo”. “¿Estás seguro? Al responder: “Sí”, me mandó hacer otra redacción y vio que no mentía. Llamó a mis padres y les dijo que tenía que estudiar periodismo. Pero no pudo ser; hoy habría sido distinto...

AS: En la fábrica tenían turnos de trabajo intensos, además iba a clase, ¿cómo se las arreglabas en época de exámenes?

L.A: Para los exámenes le echaba mucha cara. Partiendo del criterio de que “vale más prevenir que curar”, me iba al médico y le decía: “Necesito tiempo para estudiar, si no voy a caer enfermo”. El médico me daba la baja incluso durante un mes.

AS: ¿Sus jefes lo sabían?

L.A: Lo suponían. No tengo sentimiento de culpabilidad por haber utilizado ese método. Al no estar previsto el permiso por estudios, ni existir igualdad de oportunidades, recurría a la baja en época de exámenes. Los jefes se mosqueaban conmigo porque iba muy a la contra, sobre todo cuando había huelgas. Durante el

franquismo, si eras rebelde unos mandos te denunciaban, otros miraban para otro lado, este fue mi caso. En las empresas públicas a los “políticos”, como ellos decían, preferían ignorarnos.

AS: ¿Recibió amenazas o estuvo en la cárcel?

LA: Las amenazas eran constantes viviendo en un ambiente tan opresivo. No he estado en la cárcel porque no daba facilidades para que me detuviesen, mientras que otros tenían claro que ir a la cárcel, era conseguir méritos para hacer carrera política.

AS: ¿Puede explicar eso?

LA: Me refiero a políticos de la clandestinidad; por ejemplo, Marcelino Camacho, un gran luchador con el mismo oficio que yo, era fresador... Para algunos de aquellos políticos ir a la cárcel era una forma de militar, mientras que para mí suponía dejar de militar. Si me detenían, poco podía hacer en la cárcel. Cuando había un conflicto unos procurábamos no dormir en casa, otros seguían yendo y acababan en el calabozo.

AS: ¿No dormir en casa?

LA: Por seguridad, por si a las tres de la mañana llaman a la puerta y en vez del lechero es la policía en una `lechera`. Así llamábamos a los coches blancos de la brigada político social. Sólo estuve detenido una vez, como preventivo, a raíz de los sucesos de Vitoria de 1976, cuando mataron a cinco trabajadores siendo ministro del Interior, Fraga Iribarne. En el primer aniversario de esa matanza se convocaron manifestaciones. La policía consideró que yo era uno de los instigadores y me detuvieron. En la transición todavía se podía actuar con impunidad.

AS: En la oposición al franquismo y durante la reconversión industrial era radical, ¿ahora moderado?

LA: Sigo pensando lo mismo, pero adaptado a los nuevos tiempos. Frente a la dictadura, hasta ETA nos parecía legítima, porque actuaba contra la injusticia. Han cambiado las circunstancias, en un país europeo, desarrollado la lucha armada no tiene sentido.

AS: ¿Siempre ha llevado sus principios hasta el final?

LA: Supongo que no siempre. Mira, hay una cosa clara, y es que en la fábrica nunca intentaron comprarme. A otros compañeros les ofrecieron puestos apetecibles. Yo nunca tuve ocasión de rechazar una propuesta deshonesta, sería por algo.

AS: ¿Por qué permaneció como trabajador manual teniendo otras opciones?

LA: Me quedé por lealtad al movimiento obrero. En 1978, al empezar la reconversión, tenía responsabilidades sindicales y decidí mantener ese compromiso. Pude dedicarme a la política profesional en cualquier partido de izquierdas y no lo hice; al acabar la transición dejé de militar. Mi permanencia en la fábrica durante 40 años ha sido vocacional. Me impliqué política y sindicalmente, ya no podía dejarlo. En algunos sectores de izquierda, gente que se había dedicado a la militancia antifranquista y tenía estudios, buscó refugio en la universidad. También yo pude hacerlo, pero me mantuve fiel a la causa obrera.

## LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Mirando hacia atrás al cabo de los años, considero que ha merecido la pena vivir este apasionante periodo histórico. En mi recorrido personal descubro luces y sombras que no condicionan la satisfacción de haber contribuido a recuperar los derechos y las libertades que anuló la dictadura franquista. Aunque la historia siempre la escriben los poderosos, los grandes cambios sociales, el progreso humano, lo impulsa la ciudadanía, el pueblo llano. En el caso español las pruebas son irrefutables.

Estoy orgulloso de mi trayectoria política y sindical, sólo lamento que en ocasiones me comporté de modo dogmático y sectario. La edad me ha hecho tolerante y comprensivo, me ha humanizado. La vida me ha sonreído, ha sido generosa conmigo, ofreciéndome incluso la oportunidad de triunfar en la política o el sindicalismo. Si renuncié a tomar ese rumbo fue porque no consideraba ético profesionalizar la militancia.



Recordar, compartir, aprender

El esfuerzo y el sacrificio de toda una generación lega como herencia a nuestros descendientes la consolidación del estado de derecho y una notable mejora en la calidad de vida. Los retos venideros serán otros: afrontar la crisis económica con perspectiva progresista, erradicar el hambre, afianzar la paz y proteger la salud del planeta.

Mientras mi mente permanezca lúcida seguiré opinando y escribiendo sobre valores sociales y humanos. Mi mayor aspiración es viajar, conocer a otras gentes, disfrutar de la belleza de la naturaleza pura y salvaje.

Entre los objetivos que no he logrado alcanzar destaca el encargo que mis padres no pudieron hacer realidad: dar digna sepultura a los restos de cuatro familiares perdidos en una de las numerosas fosas que sembró la dictadura por toda la geografía española. Si logro devolverles la dignidad y la identidad, me sentiré plenamente realizado.